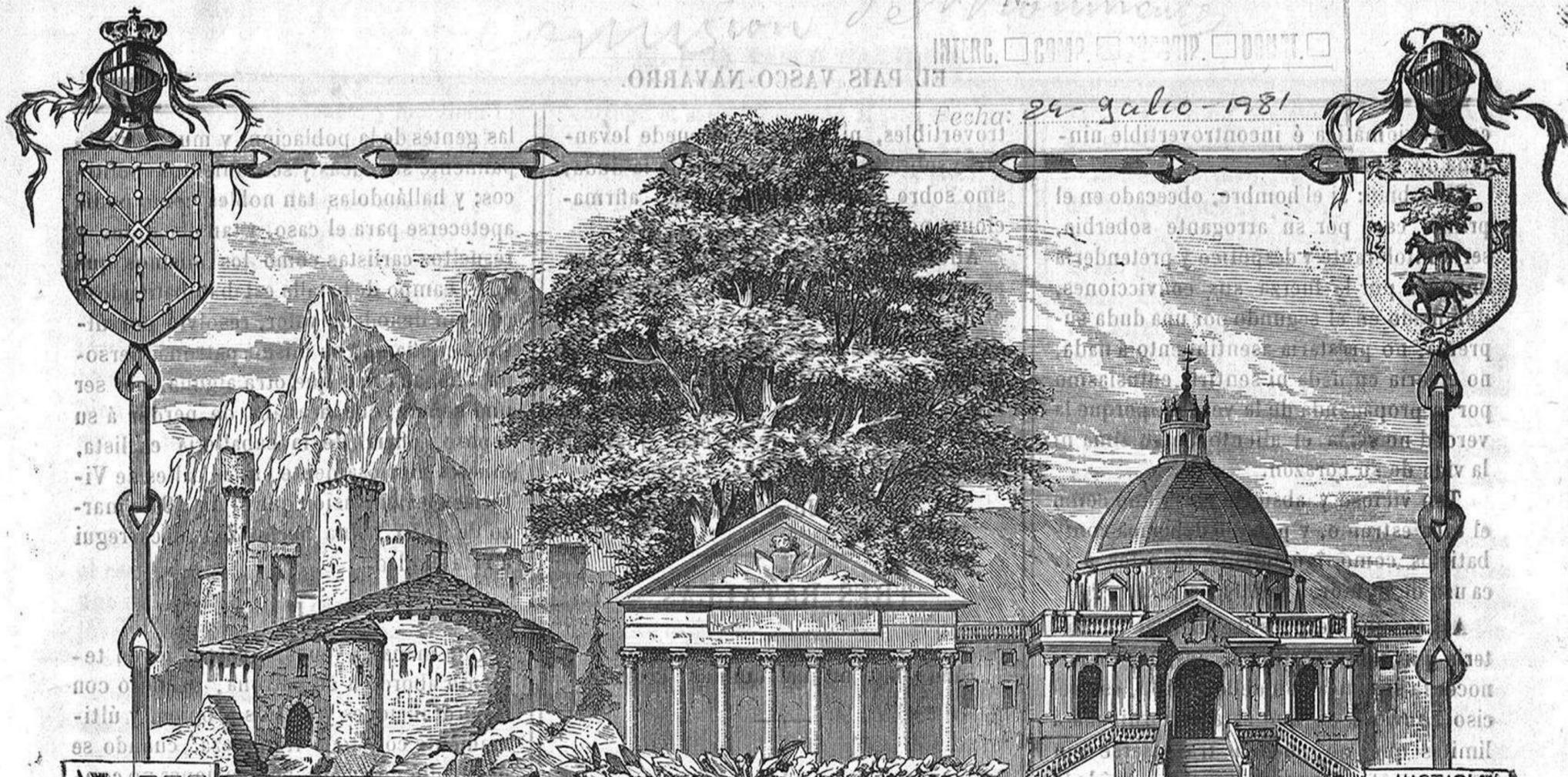


Fecha: 24 Julio 1870



EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAC.

AÑO I.

23 DE JUNIO DE 1870.

NÚM. 22.

SUMARIO.

TEXTO.—La Imprenta por D. Juan Cancio Mena.—TRES BATALLAS (episodio de la guerra civil.—HISTORRIA DE UN NARANJO, por D. R. de G.—Los INDIANOS (continuacion).
GRABADOS.—PASEO DE LA FLORIDA EN VITORIA.

LA IMPRENTA.

I.

Si la civilizacion es el bello ideal de la humanidad en el mundo; si el adelanto es el objetivo constante de la inteligencia; si el progreso es la ley del hombre, hay que que admitir forzosamente todos los medios necesarios para realizar la civilizacion, para obtener el adelanto y para conquistar el progreso.

Y la civilizacion no es exclusivista, sino propagandista; el adelanto no es un hecho aislado, sino general; el progreso no aspira al monopolio, sino que quiere universalizarse.

Por eso la imprenta, que es el gran instrumento de las ideas y el motor eléctrico de la actividad, debemos aceptarla como el recurso supremo que la Providencia ha puesto en manos del hombre para difundir la luz de la verdad, esa luz que ilumina los escabrosos y oscuros caminos de la vida, esa luz que destierra las tinieblas de la ignorancia y que disipa las densas nubes del error.

Y por lo mismo que la mision de la imprenta es tan augusta, por lo mismo que sus servicios son tan inmensos y sus fines tan trascendentales, hemos de estudiar su naturaleza para apreciar su carácter y conocer la esfera legítima de sus procedimientos.

Porque cuanto mas grande y mas elevado es el fin de una institucion, mas peligroso y mas grave es su ejercicio.

Y si la imprenta es el vehiculo mas poderoso de las ideas; si es la condicion mas indispensable de la propaganda científica; si es la palabra eterna de las doctrinas, el rasgo indeleble con que se esterioriza el pensamiento, el acento permanente del alma y la voz inestinguible de la conciencia, preciso es reconocer que la imprenta, puesta al servicio del error, es manantial inagotable de quebrantos para el individuo y de conflictos para la sociedad.

Efectivamente: aplíquese la imprenta á difundir la doctrina moral, á propagar los adelantos científicos, á exaltar los corazones en generoso entusiasmo, á sublimar al hombre mostrándole los horizontes de la inmortalidad y sus destinos eternos; en una palabra, á derramar por todas partes la semilla del bien y á cultivarla con afanoso esmero, y la imprenta será el agente activo de la virtud, el ángel salvador de la humanidad y el baluarte inexpugnable de las grandes verdades.

Pero bastardéese la prensa: conviértase

sela en instrumento del error, en vehiculo de las pasiones y en propagandista del vicio, y la imprenta pervertirá las ideas, estraviará el criterio, mancillará el corazón, y será, en fin, el elemento destructor de la sociedad.

Y para comprender la verdad de los principios que enunciamos, no hay que hacer esfuerzos de imaginacion, pues son principios que se imponen con la fuerza irresistible de la evidencia, y que nadie los desconoce.

Pero esos principios son los términos de que hemos de servirnos para resolver el problema de la prensa, ese problema magnífico y sublime, al par que sombrío y pavoroso, ese problema que, examinado á la luz de la filosofia fundamental, es de felices consecuencias para el progreso; pero que mirado bajo el prisma de una filosofia frívola é indiscreta, es de efectos anárquicos y disolventes para la sociedad.

Todos los misterios de la ciencia estriban únicamente en conocer los límites naturales de las cosas.

Y los límites de la prensa son las grandes verdades morales.

No; las pretensiones del hombre no deben levantar su insensato vuelo hasta el extremo de creerse en la region de las verdades absolutas y de considerarse en posesion de la ciencia universal; pero tampoco debe llevar su escepticismo hasta el punto de dudar de todo y de no admitir

como axiomática é incontrovertible ninguna doctrina.

Pues bien: si el hombre, obcecado en el primer caso por su arrogante soberbia, sería intolerante y despótico y pretendería imponer por la fuerza sus convicciones, dominado en el segundo por una duda suprema, no prestaría asentimiento á nada, no creería en nada ni sentiría entusiasmo por la propaganda de la verdad, porque la verdad no sería el aliento de su alma ni la vida de su corazón.

Tan vicioso y absurdo es el uno como el otro extremo, y por eso debemos combatirlos como igualmente funestos á la causa de la moral y de la política.

Así es, que después de analizar la materia que controvertimos, después de conocer la significación de la prensa, es preciso convenir en que está subordinada á límites que no pueden traspasarse sin comprometer los mas altos intereses de la justicia y los fueros mas sagrados de la sociedad.

¿Quién es capaz de tener por dogmas sus creencias filosóficas y políticas?

¿Quién es capaz de considerarse en la plenitud de la verdad y de cerrar el paso al criterio analítico del hombre?

Estas preguntas nos harán quizá con acento de indignación profunda los celosos apóstoles de la razón humana.

Y á primera vista parece que entrañan gran fuerza sus argumentos; porque el débil y versátil criterio del hombre, nunca debe presumir de haber dicho la última palabra de la verdad; pero si inspirándose en el principio de la duda llegase á vacilar y á sospechar de la certeza de sus creencias, la inteligencia sería inútil, la vida humana sería el caos, y el alma se revolvería en una eterna y horrible agonía, sin consuelo para el presente y sin esperanzas para el porvenir.

No; no es conforme con la naturaleza del hombre, ni el principio de creerse en la ciencia absoluta, ni el principio de la duda sistemática, sino el de admitir ciertas verdades como fundamentales y defenderlas en las instituciones públicas, dejando en libertad completa á la inteligencia para que se ocupe en la investigación de otras; pero no tolerando que á nombre de verdades se propaguen principios subversivos y disolventes que conspiran contra el orden social y que, en vez de añadir una piedra mas al edificio del progreso, sean un ariete que venga á destruirlo.

He aquí nuestro criterio sobre el orden político, criterio muy conforme por cierto con la naturaleza misma del hombre y con la naturaleza de la sociedad, porque ni el hombre puede vivir como ser racional, sin reconocer ciertos principios como incon-

trovertibles, ni la sociedad puede levantarse sobre la deleznable base de la duda, sino sobre el sólido cimiento de afirmaciones positivas.

Ahora bien: si la imprenta es el gran agente de las ideas, y las ideas pueden ser el fiel trasunto de la verdad ó el reflejo del error, preciso es que estudiemos el carácter de la imprenta, estudio que haremos en el próximo artículo para conocer los principios á que deben ajustarse las leyes que á la prensa se refieran.

JUAN CANGIO MENA.

TRES BATALLAS.

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

I.

A principios de otoño de 1834 militaba en las tropas de Zumalacárregui el benemérito A***, el cual tenía una hija en Madrid, huérfana de madre, al cuidado de una tía, mientras él en Navarra servía la causa de D. Carlos. Esta señorita, llamada B***, estaba en relaciones amorosas con un joven subteniente de la Guardia Real de infantería, nombrado C***, que en el lucrativo tráfico de pases de la guardia al ejército y del ejército á la guardia, había pasado con el inmediato empleo de teniente al regimiento de la Reina, perteneciente á la división de Rodil.

Al pasar C*** por Madrid, en su tránsito para las provincias vascas, fué, naturalmente, á visitar y despedir á su amada B***, quien le suplicó, como una prueba del amor que decía profesarle, que en cuanto llegara al país teatro de la guerra hiciese las diligencias posibles para adquirir medios de ponerse en comunicación con su padre y dirigirle las cartas que de ella recibiría con este objeto, pues era el medio único que podría tener para comunicarse con el autor de sus días. C***, en la exaltación de su pasión por la hermosa B***, sin pensar ni tener en cuenta la grave falta en que iba á incurrir sosteniendo relaciones con el campo enemigo, se comprometió á cuanto de él exigía su amada; y ansioso de cumplir su promesa, emprendió la marcha para el país vasco-navarro, la cual terminó en Vitoria.

Llegado á esta ciudad, sin exageración la mas carlista entonces de todo el suelo vascongado, no era por cierto nada difícil hallar medios hábiles de ponerse en comunicación con el campo enemigo, porque podía tenerse la casi seguridad de no errar el golpe, de tres personas á quien uno se dirigiese.

C*** estudió algunos días el carácter de

las gentes de la población, y muy principalmente sus ideas y sentimientos políticos; y hallándolas tan nobles como podía apetecerse para el caso, y tan decididos y resueltos carlistas como los mismos que en el campo de batalla estaban batiéndose con tan denodado valor, resolvió por último confiarse á su misma patrona, persona abonada mas que otra alguna, por ser una señora que acababa de perder á su esposo, oficial de la caballería carlista, muerto gloriosamente en las calles de Vitoria, en la invasión que el día 19 de marzo de 1834 había hecho Zumalacárregui á esta ciudad.

II.

Una mañana, pues, nuestro joven teniente abordó á su patrona, primero con las precauciones y rodeos propios, y últimamente con toda franqueza, cuando se persuadió de que las precauciones no conducían á nada.

La espresó su deseo de establecer comunicación con el campo de Zumalacárregui, á donde tenía necesidad de dirigir ciertas correspondencias y recibir sus contestaciones con toda seguridad, pagando, por supuesto, generosamente lo que costase. La señora, á quien no sorprendían tales declaraciones, pues ya había prestado á los carlistas mas de un servicio de esta naturaleza, se comprometió á recibir ella misma las cartas y entregarle ella misma las que recibiese del campo enemigo, sin mas recompensa que el agradecimiento y la satisfacción que, obrando así, experimentaba por su parte.

C*** escribió inmediatamente á Madrid, y el correo en cuestión quedó establecido. Sus cartas de Madrid llegaban sin novedad al campo carlista, y las contestaciones del campo carlista llegaban á Madrid de la misma manera. Si este doble juego hubiera por desgracia sido descubierto, acaso C*** habría sido pasado por las armas.

En esto llegó el 27 de octubre, en que tuvo lugar la sangrienta acción de la Llanada de Alava y derrota del brigadier O-doyle (1).

C***, después de batirse como bueno durante el poco tiempo que duró el combate, corría disperso como todos, cuando un anciano, jefe de Zumalacárregui, le intimó que se rinda. C***, fatigado y sin aliento, y conociendo la inutilidad de la resistencia, le entrega filosóficamente su espada, y es conducido prisionero, sin hablar ni una sola palabra con el que lo acababa de rendir, que era el coronel A***.

A la mañana siguiente da Zumalacárregui la terrible orden de que los oficiales

(1) Véase nuestro núm. 3.

prisioneros sean fusilados, y marchan todos ellos al alto de Zuazo de Salvatierra, con el suficiente número de capellanes, para suministrar los últimos auxilios de la religion á los que los deseen recibir. Ya en el alto, y despues de un corto descanso y recojimiento, se dividen en grupos, y dan principio las confesiones. ¡Qué cuadro tan terrible el que presentaban aquellos hombres, todos llenos de vida, y algunos tambien de juventud, aprestándose para morir, tan lejos de ello un dia antes!

III.

En esto se presenta el coronel A*** en el campo de la ejecucion, y dirigiéndose á uno de los grupos, se encara con el mismo jóven oficial á quien habia hecho rendir las armas, al cual aun no habia llegado su turno de confesarse, y estaba esperándolo contritamente. Despues de rogarle, con esquisita cortesía, le dispense la molestia que le va á causar, le pregunta con interés si puesto que el regimiento de la Reina habia estado en la accion del dia anterior se habia hallado en ella el teniente C***. Este, aunque sin estrañar hubiese en las filas carlistas quien se interesase por él, al oirse llamar por su mismo nombre contestó sonriendo, como en alarde de valor. «Caballero, yo soy; pero tenga Vd. la bondad de decirme á quién debo el consuelo de tamaño interés.»

Dejo á la consideracion del lector la dolorosa sorpresa con que el coronel A*** oiria á su vez la declaracion que el oficial acababa de hacerle, máxime habiéndole reconocido por su prisionero. Entonces todo turbado le dijo: «Yo soy A***;» y con el corazon desgarrado de dolor, le consoló en aquel tremendo trance, dándole palabra de que en aquel momento iba á echarse á los pies del general en demanda de gracia para su vida; que iba á hacer por él todo lo que haria por su propio hijo; pero que no concibiese esperanza alguna, y que cuando llegara su hora, se confesase y dispusiese á morir, sin acordarse de lo que acababa de prometerle, y marchó veloz, lleno de ansiedad.

A*** voló alcuartel general, rápido como el viento, y á pesar de lo apurado de los instantes, logró hacerse oír de Zumalacárregui, á quien hizo presente la estraordinaria y triste mision que lo conducia á su presencia; ponderó los servicios que aquel jóven oficial habia prestado á él y á su familia, con riesgo de su propia vida, concluyendo por pedirle gracia. Enternecido Zumalacárregui, y creyendo descubrir en el rasgo heróico de aquel jóven algun amoroso misterio, le entregó en el acto un salvo-conducto para que fuese puesto en libertad y se lo presentase.

A*** marchó con la velocidad del rayo,

entregó el salvo-conducto al jefe encargado de las ejecuciones, y obtenida la vida y la libertad de su prisionero, se echó en sus brazos en testimonio del vivo interés que le inspiraba.

C*** por su parte no podia creer lo que veia, y absorto y como fuera de sí, se dejó llevar por el anciano coronel á la presencia de Zumalacárregui, quien lo recibió con suma benevolencia y con una finura y amabilidad que contrastaba con la idea que la generalidad tenia de su carácter.

C*** le hizo relacion de su pequeña historia militar, y, sobre todo, de su familia, muy conocida en la córte, pues era hijo de un antiguo magistrado, de quien Zumalacárregui dijo ser amigo hacia mucho tiempo. Este le aseguró que quedaba perdonado, con la obligacion empero de continuar sus servicios en el campo carlista, para lo que se le conservaria su graduacion, cosa no usada hasta entonces, pues á los oficiales de procedencia liberal que entraban al servicio de D. Carlos solo se les reconocian los empleos y grados de que estaban en posesion á la muerte de Fernando VII.

IV.

Despues de la accion del dia 28, C***, que se conformó desde luego con la propuesta de Zumalacárregui, con tanta mas razon cuanto que sobre ser tan bella la vida á los veinte años, no habia, por esta causa, fijado todavía sus opiniones, fue destinado en clase de ayudante á uno de los batallones del ejército carlista.

A*** estaba ébrio de gozo y como fuera de sí al considerarse de una parte vencedor, y de otra salvador de aquel jóven oficial, muy particularmente despues que este le hizo declaracion de la naturaleza de las relaciones que tenia con su hija, y que A*** aprobó de todas veras, pues C*** no merecia una repulsa.

¡Cuánto placer, y cuán dichosas ilusiones, y cuán risueñas esperanzas alimentaban ámbos desde aquel dia, para él aun mas feliz, de la conclusion de la guerra, que tan próximo debia parecerles!

Las sucesivas rendiciones de las plazas militares del país, Echazarán, Olazagoitia, Villafranca, Treviño, Vergara, Eibar, Ochandiano, Durango, y el glorioso triunfo de los Guías de Alava sobre Espartero en Descargas, con las brillantes acciones del puente de Arquijas, las Amezcias, etc., etc., hacian presentir un próximo triunfo á la causa de D. Carlos; y de esta ofuscacion, de que participaban todos, incluso el mismo principe y su cuartel real, ninguno podia estar exento. Solo Zumalacárregui dejaba de ser de esta opinion, por mas que la afectase para entusiasmar á sus soldados y al país. Su vista era mas

perspicaz, como es siempre la de los verdaderos grandes hombres.

Entretanto tuvo lugar el primer sitio de Bilbao (junio de 1835) y la desgraciada muerte de Zumalacárregui, al cual sucedió Eraso por muy pocos dias, y despues el recién llegado de Francia, Gonzalez Moreno. En el campo liberal, á Mina habia sucedido Córdova. Este general, despues de haber hecho levantar á Gonzalez Moreno el sitio de Puente la Reina, llevó sus tropas á Mendigorria, donde el 16 de junio del mismo año tuvo lugar la célebre batalla de este nombre.

Los soldados carlistas, que tan buenas y brillantes cosas sabian hacer en el órden abierto, estaban todavía muy distantes de poder batirse en línea, ó sea en el órden cerrado, por la sencilla razon de que no sabian hacer un despliegue ni un cambio de frente, ni comprendian siquiera la simple importancia del tacto de codos; y aun cuando Córdova hubiera sido un general mucho mas adocenado de lo que era, la victoria hubiera sido suya aquel dia, por que mandaba, no mejores soldados, pero sí mas instruidos.

Solo Gonzalez Moreno, cuyo desconocimiento de la naturaleza y aptitud de las tropas que mandaba no podia ser mayor, hubiera presentado la batalla en semejantes condiciones, con el rio Arga á la espalda, y sin mas retirada que el estrecho puente de Mendigorria. En fin, la batalla se dió y se perdió, como no podia menos; y á D. Carlos mismo le costó trabajo pasar el puente, aunque bajo la proteccion de dos batallones de Alava que lo defendian, y de su magnífica guardia de alabarderos.

V.

El coronel A*** halló la muerte en esta jornada; pero sobrevivió á su herida el suficiente tiempo para ser visitado por su presunto hijo político C*** en el hospital de sangre, donde despues de bendecirlo y de recomendarle su querida hija, entregó el alma al Criador como un distinguido soldado.

Grande fué el sentimiento que experimentó la señorita B*** al saber la muerte de su padre, sin que la consolase la consideracion de que su prometido vivia aun, ni que al cerrar los ojos el autor de sus dias le habia dado palabra de hacerla su esposa. ¿Acaso no corria la misma suerte y estaba en idéntico peligro? Sus presentimientos fueron de una cruel exactitud.

Llegó el otoño de 1836, y en el ejército carlista el mando superior estaba en manos del ex-teniente del regimiento de Saboya, D. Bruno de Villareal, hecho ya general, mas que por su instruccion, que era muy menguada, por su valor de granadero.

y por la estremada benevolencia del príncipe, que á todos sus soldados hubiera querido poder hacer generales.

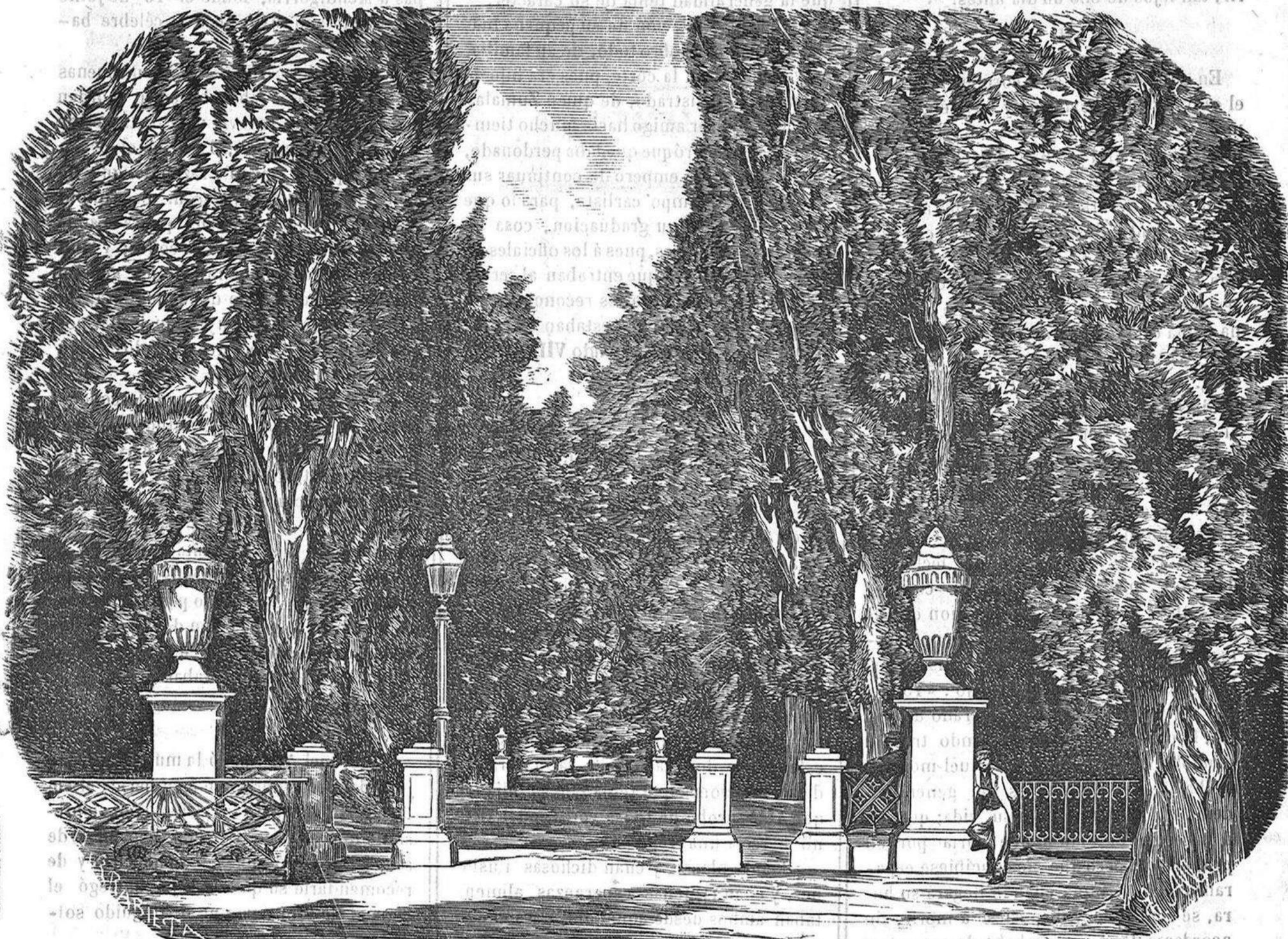
Villareal volvió á poner sitio á Bilbao, obligado á ello por la córte, deseosa de ocupar este importante punto, donde, aparte de la importancia que daría al partido carlista en el exterior, esperaba hallar tantos y tan importantes recursos.

sados. El batallón cumplió como bueno y asaltó el fuerte, el cual halló desguarnecido, por la diseminación de sus defensores en la estensa línea de aspilleras. Los pocos nacionales reunidos en las baterías huyen y lo abandonan: el terror cunde en la plaza, que ya cree tomada todo el mundo, pues que á los asaltantes les hubiera bastado para ello bajar las calzadas de Begoña

tranjeros que tan admirablemente habían cumplido con su deber. Eran las siete de la noche.

VI.

¿Esta conducta era una torpeza, ó una defección á la causa? No lo sabemos. El pueblo y el ejército lo creyeron de esta úl-



Paseo de la Florida, en Vitoria.

Las peripecias de este segundo asedio, que solo duró algunos cinco ó seis días, nada hubieran tenido de particular ni de notable sin el asalto del fuerte de Mallona, ó sea el Campo-Santo. Creyendo Villareal que este punto estaría mejor defendido de lo que resultó (porque de no haber sido así, hubiera bastado para asaltarlo una sola compañía), mandó á estrellarse contra sus muros al batallón llamado Argelino, compuesto de extranjeros legionarios pa-

con arma á discrecion y posesionarse de la Plaza Nueva, que es un castillo. Pero Villareal, en vez de haber apoyado aquella feliz operacion, mandando nuevos batallones, no ya al asalto, sino solo á ocupar el fuerte, asombrado él mismo de triunfo tan fácil, que no esperaba, abandonó en su estupor á los Argelinos, dando lugar á que los enemigos se rehiciesen, como lo hicieron, y subiesen refuerzos desde la plaza, matando á bayonetazos á los heroicos es-

tima manera, y así se cree todavía en el país, despues de treinta y tres años.

Sin embargo, no fué juzgado, ni depuesto siquiera, no obstante las razones que autorizaban lo uno y lo otro, y tal vez muchísimas mas. ¿Era que el príncipe carecía de la energía necesaria, ó acaso que no se creía en terreno firme para obrar? ¿Quién sabe!

Desde aquel mismo día, Villareal dejó de ser mirado entre los suyos como un ge-

neral fiel, siendo ya únicamente lastimoso objeto de las mas crueles murmuraciones.

Sin duda que un correctivo eficaz y oportuno hubiera evitado las desgracias sin cuento que tuvieron lugar dos meses despues en el tercer sitio, cuando, como general en jefe del ejército protector de las operaciones de Eguia contra la plaza, dejó desguarnecida la formidable linea de ataque del puente de Luchana en la terrible noche del 24 de diciembre, mandando á sus casas á pasar Nochebuena á los soldados de los batallones vizcainos, como si tal sitio de Bilbao no existiese, dando así lugar á que la linea hubiese sido tomada por las tropas liberales y salvándose la Plaza (1), haciendo sufrir á los sitiadores la mas desastrosa retirada, con pérdida de toda su artillería gruesa, armas y prisioneros, cuando precisamente despues de agotados todos los medios de resistencia

(1) Para que no se nos crea apasionados ni parciales, véase lo que el conde de Casa-Eguia dijo al ministro de la Guerra desde Zornoza, en su comunicacion del 29 de diciembre del mismo año:

«Excmo. señor: Despues de levantado el sitio de Bilbao á consecuencia de que el ejército que debia cubrirlo no contrarestó las fuerzas enemigas... etc.» Lo cual quiere decir que Bilbao no pudo tomarse, cuando ya estaba vencida y casi rendida, porque Villareal, jefe de las tropas protectoras de las operaciones, no quiso resistir el desesperado ataque de Espartero, aun cuando este le fuese tan inferior en fuerzas y en ventajosas posiciones. Tal volvió á ser segunda vez el concepto universal del ejército y del pueblo, como ya lo habia sido respecto de su incalificable conducta en el asalto de Mallona. El genio de la fatalidad parecia perseguirle.

No somos acusadores: narramos los hechos y nada mas. Dios sabe que nada inventamos. Pluguiera al cielo que la pública opinion no le hubiera acusado de cosas mas graves aun en la misma emigracion y despues de ella. La maledicencia no tiene entrañas. De todas maneras, este es el primer relato que se da al público acerca del asalto de Mallona, tal y como realmente fué. El Sr. Pirala pasa sobre el asunto como sobre áscuas en su *Historia de la guerra civil*, lo cual no es extraño, habiéndole proporcionado los datos y notas el mismo general Villareal.

Los que tan sin piedad juzgan á este general se fundan para ello en ciertas palabras que se dicen caídas de sus labios, aludiendo unas á la poca capacidad del príncipe, y lo que de ella podian esperar y prometerse sus defensores, y otras en mofa y risa del veterano general Eguia, por sus ilusiones en tomar á Bilbao, como si su propia honra no estuviese identificada con este triunfo. Nosotros nada sabemos de esto, pero como conociamos demasiado, y demasiado bien, á Villareal, en su llamado carácter franco, nada creemos imposible. Si en vez de franco se le llamase imprudente, se estaria en lo cierto, pues es lo que realmente era.

racional no le faltaba mas para sucumbir que exhalar el último aliento, que por cierto tenia ya entre los labios.

Fué una ocurrencia originalísima, de la que parece debia tener el enemigo anticipado conocimiento, á juzgar por lo bien y por lo oportunamente que supo aprovecharse de ella, moviendo sus tropas en el sentido que pronto le iba á convenir, pasando la ría por Portugalete, y yendo á colocarse de una manera absurda en Crandio, Asua, Lejona y Sondica, donde, si la suerte le hubiese sido adversa, no hubiera tenido mas remedio que arrojar al mar ó rendirse á discrecion, y donde, por lo tanto, ningun general de buen juicio hubiera podido situarse sin contar de antemano con la seguridad del triunfo. Pero, apartemos la consideracion de recuerdos tan dolorosos.

C*** murió en este segundo sitio de Bilbao, siendo á la sazón capitán de una compañía.

¡Qué condicion tan desgraciada la del que, por su mala suerte, tiene que servir de carne de cañón á la voracidad salvaje de ciertos generales sin sentimientos ni conciencia! Hablamos en tésis general.

Escusado es decir cuánto la noticia de su muerte vino á sumir en el dolor á la desventurada B***, que, despues de haber perdido á su padre, perdía ahora á su amado, su única esperanza. Este fué ya el último golpe, al que la infortunada no pudo resistir mas. Sola y desamparada, sin bienes de fortuna y sin mas proteccion que la de su tia, que no podia establecerla, el dolor de una parte y estas consideraciones de otra, debieron presentarse en terrible conjunto á su atribulada imaginacion sin darle tiempo para mas sensatas reflexiones.

Al recibir la infausta noticia de la desgraciada muerte de su amado C*** prorumpió de repente en una estúpida carcajada. Estaba loca.

Dos años despues, supimos que su tia, mediante el favor de algunos buenos amigos, habia logrado colocarla en una casa de dementes, donde suponemos habrá dejado de existir.

PASEO DE LA FLORIDA,

EN VITORIA.

En el artículo que nuestro ilustrado colaborador y muy querido amigo D. Ricardo Becerro dedicó en este periódico á describir la ciudad de Vitoria, hizo mencion de este paseo, el mas bello, quizás, de cuantos hay en las capitales de España.

Hoy completamos aquella descripcion con un grabado que dará una idea exacta

de tan ameno paseo á cuantos no hayan tenido el gusto de verle y conocer en él á lo mas escogido de la sencilla y á la par distinguida sociedad vitoriana.

HISTORIA DE UN NARANJO.

y á quien das vida mas larga das mas pena.

JORGE MANRIQUE.

I.

¿Quién, en estos tiempos de universal locomocion y de trenes de recreo, no ha caído en la tentacion de ver Paris y sus maravillas? ¿Y quién entre esas maravillas no ha contado el palacio de Versalles con sus frescos estanques y sus jardines, custodiados por el alegre personal del Olimpo, modelado en mármoles y bronce; con sus fuentes y sus juegos de aguas, pobladas aquellas y manejadas estas por sátiros y ninfas, tritones, sirenas, deifines y nereidas; con sus preciosos grupos, jarrones, esfinges, alegorias y primores sin cuento, obras maestras de buen gusto, de gracia y de elegancia? Seguro es que muchos de nuestros lectores habrán admirado aquel soberbio monumento del arte y de la riqueza de la Francia y habrán disfrutado, siquiera por breves horas, de las caprichosas magnificencias reservadas en otro tiempo á la aristocrática corte de Luis XIV. Y habrán subido al invernáculo, donde entre masas de plantas de los trópicos, de flores exóticas y raras, algunas recientemente inventadas, y entre los mil y tantos limoneros, naranjos, cidros y granados que se cruzan en seis alamedas de cuatro filas, les habrán señalado como el patriarca de toda aquella rica vegetacion un corpulento naranjo que los catálogos designan con los nombres de «Gran Condestable» y de «Gran Borbon.»

No es, sin embargo, su estremada longevidad el mérito principal que tiene para nosotros ese árbol. Su procedencia, su biografía y su destino singular ofrecen mucho mayor interés á los que con razon podemos llamarle compatriota nuestro. Su identidad está comprobada con documentos irrecusables, y podemos seguir su historia, ligada en cierto modo á nuestra propia historia, desde su mismo origen, debido á una mano augusta que descansa inerte y seca há mas de cuatro siglos en el coro mayor de la catedral de Pamplona: es lo que vamos á intentar en estas lineas.

II.

Sea porque la discrecion y el respeto detuvieron la pluma de nuestro cronista, ó porque realmente solo debieran imputarse á «una enfermedad de melancolias y aprensiones» (esplotada tal vez por intri-

gas palaciegas), es lo cierto que nada—ó al menos muy poco—encontramos de fundado en las quejas acerbadas, y sobre todo en los temores con que doña Leonor de Castilla pretendía justificar el alejamiento en que, por espacio de siete años, vivió de su esposo el rey de Navarra, D. Carlos III, el Noble, en la corte de su hermano don Juan I. Ni las incesantes súplicas de este, ni las protestas de aquel y las repetidas embajadas que le envió ofreciéndole disculpas por lo pasado y seguridades para el porvenir, lograron desvanecer las extrañas prevenciones de la reina, ni aun calmar su irritación, hasta que en 1395, y mas por razones políticas y compelida por su sobrino D. Enrique, el Doliente, que por propio convencimiento, regresó á Navarra, hallando en la cordial acogida del rey y en el regocijo del pueblo no menos seguras garantías que en los juramentos que habia exigido. Pronto debió quedar del todo desimpresionada de sus recelos con las pruebas de sincero afecto y de entera confianza que recibió de su esposo, del que jamás habia de volver á separarse, sino durante las varias ausencias que el rey hizo á Francia, llamado como árbitro y mediador para arreglar las disidencias y rivalidades de las casas de Orleans y de Borgoña, que agitaban á aquel reino. Quedaba en tales casos doña Leonor como gobernadora del de Navarra, con plenos poderes, y conservó siempre en él la inalterable quietud y buen orden á que se habia acostumbrado bajo aquel sábio y amable monarca. Así es, que el cariño y las bendiciones de los pueblos se repartían por igual entre ámbos consortes, cuya armonía y ventura, reflejo fiel de la armonía y ventura del reino, nunca volvieron á turbarse.

Aumentóse la régia familia con la venida de doña Juana, hermana de D. Carlos y reina viuda de Inglaterra, que á la muerte de su esposo, Enrique IV, ocurrida en 1411, se retiró á Pamplona, donde vivió con sus hermanos en el palacio que aquellos habitaban, destinado actualmente á capitania general.

Entre las frutas que un dia se presentaron en la mesa de la familia real, habia unas naranjas, fruta bastante rara todavía en Navarra por aquel tiempo, y de la especie que entonces llamaban *bigarradas*, cuyo sabor ácido y algo amargo, sin ser desagradable, gustó sobremanera á ámbas reinas; y haciendo traer en el acto doña Leonor un tiesto con tierra preparada, depositó en él con sus propias manos cinco pepitas de una que habia comido, colocándolas en forma de cruz.

Grande seria el contento de aquella princesa cuando vió que las cinco pepitas habian prendido. Desde entonces dedicó

al cultivo del delicado arbusto un esmero, tanto mas necesario, cuanto que la situación elevada de los jardines del palacio en el extremo septentrional de la ciudad y el rigor con que los vientos del Norte, tan frecuentes en ella, los azotan, debían dar pocas esperanzas de la viabilidad de la planta, á no mirarla con esquisita, con maternal solicitud. No se la escaseó doña Leonor, y, avezándose en sus primeros años á los rigores del clima, la planta fué creciendo y robusteciéndose con el asiduo cuidado y las caricias de la régia jardinería, cuidados y caricias que, como culto tributado á la memoria de la excelente reina, se le continuaron prodigando cuando aquella bajó al hermoso sepulcro de alabastro en que «yace sepelida,» segun reza el epitafio, y al cual la siguió el rey Noble pocos años despues.

Mucho debió contribuir á que se amparase la horfandad del tierno arbusto, á la par que el amor del pueblo navarro, á don Carlos y doña Leonor, el recuerdo de su feliz reinado en los muy calamitosos dias que siguieron.

Poco despues, en efecto, se declaró y rompió la guerra civil entre el principe de Viana y su padre D. Juan II de Aragon, y dió principio la larga série de desastres y de horrores con que asolaron al pais beaumonteses y agramonteses, bandos ó partidos que, trasmitiéndose sus rencores de una generacion á otra y convirtiéndolos en odios de raza, se perpetuaron hasta una época en que apenas quedaba memoria de su origen, puesto que solo en las cortes de Pamplona de 1628 se dió la provision para que se extinguiese la division por bandos con que venían haciéndose toda clase de elecciones—¡hasta las de canónigos!...

Navarra, tan tranquila y venturosa bajo el cetro suavísimo de Carlos III, arde en discordias y se cubre de ruinas y de sangre, entregada á las violencias y á las animosidades de una y otra faccion. El principe de Viana, modelo de caballeros y dechado de principes desgraciados, muere, despues de infinitas amarguras, en Barcelona, envenenado, segun la creencia general, por su madrastra doña Juana Henriquez. Su hermana, la interesante y simpática doña Blanca, tras dura reclusion en Orthez, es envenenada por los condes de Foix (su hermana y cuñado), que no tardan en recibir digno castigo de su fratricidio con la muerte de su hijo mayor Gaston de Foix, herido mortalmente á los 26 años de edad en un torneo en que luce su destreza y gallardía; y muy luego muere de pena por esa desgracia el mismo conde en Roncesvalles. Y si la ambiciosa condesa logra por resultado de su crimen, tal vez para acabar de expiarlo, la ansiada corona,

reina sobre un pueblo destrozado y que se aniquila en luchas sangrientas; reina en nombre de su padre, que le usurpa el trono, y con tal desprestigio de su autoridad, que á su vista, en las cortes de Tafalla, es su mejor amigo el obispo de Pamplona, D. Nicolás de Chávarro, impunemente asesinado por el condestable Pierres de Peralta, y que ella misma es rechazada violentamente de su capital—que la reconoce por su reina legítima,—y, no obstante, mata á sus defensores, como el mariscal Pedro de Navarra, y á cuantos puede haber á las manos. Y, últimamente, llega tambien á reinar en su propio nombre y despues de coronarse solemnemente en Tudela .. ¡QUINCE dias!

No mucho mas tiempo reinó su nieto y sucesor Francisco Febo, en quien tan brillantes esperanzas habia puesto el reino desolado, muriendo con vehementes sospechas de haber sido envenenado á la edad de catorce años.

Era el siglo de los Bergias, y uno de ellos, el duque de Valentinois, César Borgia, vino por aquellos años á terminar, alanceado por los beaumonteses en los campos de Mendavia, una vida llena de aventuras, de proezas y de crímenes.

Tan horribles convulsiones no podían menos de anunciar en término muy próximo la completa disolucion ó la trasformacion radical de aquella sociedad desquiciada; todo presagiaba una crisis suprema, algo que aun en medio de tantos males debia poner espanto por lo desconocido y lo inminente.

Diríase que así lo presentia el arbusto sembrado por doña Leonor, y que, aterrado por tantas catástrofes, se resistía á presenciar el cataclismo y queria huir á donde el cielo deparaba á la descendencia de su ilustre protectora (iba á decir progenitora) mayores esplendores, pero donde tambien, en mas lejano porvenir, le reservaba nuevos infortunios.

Sucedió á Francisco Febo su hermana doña Catalina, y tomó por esposo á Juan de Lebrit. Cuando en 1498 casó el Rey de Francia Luis XII con Ana de Bretaña, viuda de su predecesor Carlos VIII, queriendo la reina de Navarra hacer un regalo de mérito particular á la de Francia, le remitió como obsequio raro y precioso una caja que contenía cinco naranjas, uno de los cuales era el que habia sembrado y cultivado su tercera abuela doña Leonor.

Trece años despues (el envío se hizo en 1499) el duque de Alba se apoderaba de Navarra en nombre del Rey Católico, y doña Catalina y D. Juan de Lebrit iban á morir despojados de aquella corona en sus estados de Bearn.

En llamado carácter... imposible si en vez de... mase importante... pues es lo que realmente era.

III. *litini eni ohoT*

Fué recibido en París el delicado agasajo de la reina de Navarra con todo el aprecio que merecía, no tanto por ser los primeros naranjos de cuya entrada en Francia hay noticia, como por el origen del que nos ocupa y que doña Catalina tuvo buen cuidado de advertir espresamente.

Lo heredó poco despues, entre otros bienes, Susana de Borbon, quien lo transmitió, también por herencia, á su marido y pariente el duque de Borbon, elevado por Francisco I á la dignidad de gran condestable de Francia. Este lo trasladó al palacio de Chantelle, en el Borbonés, donde habia reunido una inmensa riqueza de joyas y muebles preciosos, y al que fué desde Moulins á recoger el tesoro que allí tenia, cuando en 1522 se pasó al servicio del imperio; y desde ese palacio marchó á Italia á hacer armas contra su rey, muriendo de un arcabuzazo que recibió en el asalto de Roma en 1527.

En castigo de su defeccion, se le secuestraron todos sus bienes, así los patrimoniales como los ducados del Borbonés y de Chatellerault, que formaban la dotacion del gran condestable y que el año 1531 se agregaron á la corona de Francia. En el inventario que de todos los bienes muebles é inmuebles secuestrados se formó con este motivo figura nuestro naranjo con esta indicacion: «Un naranjo de cinco tallos, procedente de Pamplona.» Por donde se vé que en aquella época los troncos salidos de las cinco pepitas no habian llegado todavia á unirse, ingertándose por aproximacion. Ahora mismo, tres de ellos se han unido tan íntimamente que solo forman un tronco; pero los otros dos, aunque pegados á aquel en el cuello de la raiz, podrian sin gran dificultad separarse para formar árboles distintos. Francisco I lo mandó llevar á su palacio de Fontainebleau, en cuyo catálogo se le consignó con el nombre de «Gran Condestable.»

¿Qué era entretanto de la descendencia de D. Carlos y de doña Leonor? Despues de varias negociaciones y tentativas malogradas para recuperar el trono, á cuya posesion le era muy duro renunciar definitivamente, esperanzado por los auxilios que del exterior se le prometian y por los numerosos parciales que no le faltaron por mucho tiempo en esta tierra donde nunca se ha tenido á la desgracia por razon suficiente de desvío, hubo de someterse al fallo de la Providencia, desistiendo de estériles y temerarias empresas contra el poder colosal de los primeros reyes de la dinastia austriaca, poder que, por otra parte, teniendo á raya á las facciones que en tal abismo de males habian sumido á Na-

varra, la dejaba al fin respirar despues de tantos años de violentísimas agitaciones, y la permitió gozar, como dice Aleson, de una paz interna como si tales bandos nunca hubieran existido; pues si bien, segun el mismo escritor, «la guerra siguió entre las dos parcialidades, no tuvieron parte las espadas en que la justicia, poderosa ya, tenía puesto entredicho, sino las plumas, que no sacan sangre.» Y finalmente, al abrazar la familia de Labrit el calvinismo, rompió ella misma los últimos lazos que la unian con su antiguo reino, conservando únicamente como protesta de su derecho hereditario el título honorífico de «Rey de Navarra.»

Habia recaído este título en Enrique, príncipe de Bearne, jefe de la familia de Albret, ó Labrit, por su madre doña Juana (nieta de D. Juan y de doña Catalina, destronados por Fernando el Católico) y de la de Borbon por su padre el duque de Vendome, cuando por haberse estinguido la linea de los Valois en la persona de Enrique III, asesinado por Jacobo Clemente, fué llamado al trono de Francia.

Y al verle sentado en él y defendiéndolo hasta asegurárselo, et par droit de conquete et par droit de naissance,

debió seguramente el árbol de Fontainebleau engalanarse en la primavera del año 1590 con el azahar correspondiente á un siglo.

Mas para que esa raza, constante víctima de las discordias civiles y de las pasiones políticas, no olvide en su encumbramiento la fatalidad que la persigue, el valiente y popular bearnés, proclamado entre el estruendo de las armas y que por espacio de muchos años solo ha reinado batallando, parece bajo el puñal de un fanático asesino.

Llega el apogeo de su grandeza y de su gloria en Luis XIV (quizás mas justamente celebrado por el agradecimiento de poetas, artistas, oradores y literatos que por el que le debió la generalidad del pueblo francés), grandeza y gloria de que «el Gran Rey,» como antonomásticamente le llaman aquellos, nos dejó ostentoso testimonio en la bellissima ereccion de Versailles.

Despues de concluido el palacio, hizo construir el invernáculo, obra que inmortalizó al arquitecto Mansard, y reunió en él los naranjos que habia en todos los sitios reales. Del de Fontainebleau se llevó en 1684 el «Gran Condestable,» á cuyo nombre se agregó entonces el de «Gran Borbon,» y fué entregado á un jardinero llamado «Lemoyne,» con la notable particularidad de que desde aquel momento estuvo siempre á cargo de jardineros de ese mismo apellido, que de padres á hijos se fueron sucediendo en ese destino, hasta

que en 1833 se jubiló el último, sin dejar hijo varon, y murió en Versailles en 1846.

Y mientras que el «Gran Borbon» estendia sus ya vetustas ramas en la magnífica morada, digna de su nacimiento y de su historia, estendia también las suyas por los tronos de Francia, de España y de Italia la augusta prosapia que en tiempos remotos le habia dado el ser y que acababa de darle su propio nombre patrimonico.

Pero la hora de las grandes desdichas se acercaba para esta.

Una mañana de otoño resonaron en las soberbias galerias ecos horribles de imprecaciones tremendas, mezcladas con disparos de armas de fuego; los suntuosos salones se inundaron de hordas feroces armadas de picas, de fusiles, de hachas y de palos ferrados; y la dignidad real fué por primera vez profanada allí, donde casi habia pretendido alzarse hasta el endiosamiento. El nieto del «Gran Rey» ve elavadas en las lanzas demagógicas las cabezas de sus fieles guardias, y se vé él mismo precisado á seguir á las turbas frenéticas y hambrientas que lo llevan á París, donde le aguardan escenas mil veces mas pavorosas, de las que las pavorosas escenas de Versailles eran solo el preludio...

El huracan revolucionario se habia desatado; la tempestad que entonces principiaba no se ha serenado todavia.

La sangre de Borbon, de Labrit, de Navarra, enrojció un cadalso. Tres veces proscrita desde aquellos dias, esa sangre ha desaparecido del trono de Francia. ¡Y el decrepito naranjo no se ha secado!

IV.

Recientes vendabales han arrojado aquella noble sangre de todos los demás tronos; del de España como del de Nápoles, como de los de Parma, Módena, Toscana. ¡Y el decrepito naranjo no se habia secado pocos meses há!

Si yo tuviera el honor de pertenecer á esa ilustre estirpe, alto ejemplo de las vicisitudes de la fortuna en los tiempos modernos, no dejaria de saber si el venerable «Gran Borbon» ha resistido á la crudeza del ultimo invierno.

R. G.

Pamplona mayo de 1870.

...este ...

LOS INDIANOS.

NOVELA.

(Continuacion.)

XV.

Donde empieza a verse algo de lo mucho que hace la Providencia por los buenos.

Antes de referir la escena que tuvo lugar entre la guipuzcoana y D. Juan Pedro, necesito revelar los motivos que habia tenido aquella para tomar la resolucion estrema de buscar á José Maria.

Ya hemos visto que D. Francisco Javier y D. Olegario eran dignos uno de otro.

Si el primero deseaba deshacerse de don Juan Pedro, el segundo no abrigaba otro deseo, respecto de su esposa.

—Voy á hacer el amor en toda regla á Catalina, se dijo, la persuadiré de que, apasionado de ella, en cuanto enviude nos casaremos; la seduciré, procurando colocarla en una situacion desesperada, para que, luchando entre su vergüenza y su felicidad, sea ella quien se encargue de dejarme en completa libertad. Entonces, demostrada su culpabilidad, caerá en poder de la justicia; tengo en mi poder una carta de Francisco Javier, con la que puedo echarle á presidio; se la venderé cara, liquidaremos y yo volveré á Europa.

Estas eran las cuentas galanas que se hacia el infame blanquero.

Al efecto, aprovechando todas las circunstancias, comenzó á explorar el carácter y las aspiraciones de la jóven.

Las primeras insinuaciones fueron acogidas por Catalina con el decoro propio de una virtud sólida.

Poco á poco fué comprendiendo las depravadas intenciones de aquel hombre, y las rechazó siempre con indignacion.

Quiso abandonar aquella casa, y al indicar sus propósitos á D. Olegario:

—Tranquilízate, mujer, le dijo este; todo lo que te he hablado hasta ahora, no ha tenido otro objeto que el de convencerte de tu honradez, venis de vuestra tierra, y nosotros suponemos que, al tomar esa resolucion, lo haceis porque vuestra conducta pasada os impide hallar colocacion en vuestro pueblo. Hay que pensar tambien que los pecadores rara vez se arrepienten, y yo, que deseo hacer mucho tiempo tener á mi servicio una mujer honrada, he hecho con otras la prueba que contigo. Tu eres la única que ha resistido, y por eso así como he despedido á las demás, deseo que tu te quedes en mi casa. Tranquilízate, pues, sigue como has empezado y nada te faltará á nuestro lado.

Catalina creyó de buena fé á D. Olegario, y este, para confirmarla en su creencia, suspendió por algun tiempo sus tentativas.

Durante esta tregua la trató con la mayor afabilidad, le hizo algunas confianzas, y un dia le dijo:

—Mira, Catalina, voy á pedirte un gran favor. Tengo el presentimiento de que voy á morirme pronto, y si así sucediera, con arreglo al contrato de boda, todos mis bienes pasarian á mi mujer; pero tengo en España un hermano en la mayor pobreza, y quiero que tú guardes una cartera que contiene dos mil duros en un talon contra el Banco de Madrid, y las noticias necesarias para buscar á mi hermano. Si yo muriese, tú le buscarias y le entregarias ese recuerdo de mi parte.

Catalina se negó á desempeñar esta comision; pero D. Olegario puso la cartera en sus manos y al fin cedió la jóven á sus deseos.

Doña Elena tuvo que pasar unos dias en Montevideo, y, aprovechando esta circunstancia, redobló sus ataques el miserable.

Catalina comprendió que estaba perdida, que no podia escaparse de sus manos, y empleó toda su astucia para aplazar el crimen.

Al fin volvió doña Elena, D. Olegario pasó el dia siguiente en la ciudad, y la jóven, atemorizada, reveló á su ama todo lo que pasaba, le entregó la cartera y le suplicó que la aconsejase lo que debería hacer.

Doña Elena, que sospechaba algo, manifestó su gratitud á Catalina por la revelacion que le habia hecho, guardó la cartera, encargó á la jóven que nunca dijese el paso que habia dado, puso en sus manos unas cuantas monedas, y, sabiendo que sus deseos eran ir á servir á casa de D. Juan Pedro, le marcó el camino que debería seguir para llegar á la casa de campo en donde habitaba.

Cuando regresó D. Olegario, le anunció su mujer muy alarmada, que Catalina habia desaparecido.

Desesperado, escribió á Francisco Javier la carta que ya conocen nuestros lectores.

Doña Elena hizo los mayores esfuerzos para disimular su indignacion, y lo consiguió, considerándose muy dichosa por haber llegado á poseer la cartera, en donde halló papeles con los que podia perder al hombre infame que, engañándola miserablemente, habia labrado su desgracia, y á su malvado cómplice.

Pero conocia el carácter de Olegario y necesitaba tenderle un lazo para no perecer á sus manos.

Francisco Javier fué á buscar á su amigo, y, desesperados los dos, hicieron las mas minuciosas pesquisas para encontrar á Catalina.

Todo fué inútil.

Viendo que habian trascurrido algunos dias sin lograr descubrir el paradero de la jóven, Francisco Javier escribió una carta á su tio rogándole que le enviase á José Maria para un asunto del que dos dias despues le enteraria, porque se proponia visitarle.

Viéndose perdido, queria anticipar el golpe tanto tiempo meditado.

Pero el lector querrá saber cómo llegó Catalina á la presencia de D. Juan Pedro, y acaso deseará oír la conversacion en que estaban cuando llegó José Maria.

Si es así, voy á complacer su curiosidad. (Se continuará.)

ADVERTENCIAS.

Hemos recibido nuevos pedidos de suscripciones de Cuba y Puerto-Rico. Enviamos los números de que tenemos existencias y ofrecemos completar las colecciones en cuanto se reimpriman los que están agotados.

Rogamos á los pocos suscritores que aun no han abonado el segundo trimestre y siguen recibiendo el periódico, se sirvan abonar su importe.

Esta administracion compra ejemplares de los números 18 y 19, á real cada uno.

Estamos preparando las obras que en breve empezaremos á publicar en forma apropiada para ser encuadernadas, que nos proponemos regalar á los señores suscritores.

EL PAIS VASCO-NAVARRO.

Precios de suscripcion.

En España. 3 meses 12 reales.
En Cuba y Puerto-Rico. 6 meses 3 pesos.
América del Sur y Filipinas. 6 meses 4 pesos.
Estranjero. 6 meses 10 franc.
Número suelto en España. 2 reales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En MADRID: Calle de Serrano, 14, tercero de la izquierda (barrio de Salamanca), ó en la librería de Eguio, Arenal, núm. 14.
—BILBAO: librería de D. Juan E. Delmas.
—PAMPLONA: secretaria del Colegio de internos.—VITORIA: admite las suscripciones D. Nicolás Becerro, en el establecimiento tipográfico de D. José Iturbe, calle de San Francisco, número 23.—SAN SEBASTIAN: librería de D. R. Baroja. La administracion central de Madrid, admite suscripciones de todas partes, siempre que al aviso acompaña el importe en letra de fácil cobro ó se remita.

Imprenta á cargo de San Miguel, 23.

